

---

BOLETIN  OFICIAL

DEL  
OBISPADO DE LEÓN

---

El Sagrario y la S. Comunión

---

CARTA PASTORAL

que el Ilmo. y Rdmo.

Sr. Dr. D. José Alvarez Miranda

**Obispo de León**

dirige al Clero y fieles de su Diócesis

CON MOTIVO

DE LA CUARESMA

---

---



# Nos el Dr. D. José Alvarez Miranda,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE LEÓN, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIÁN, ETC., ETC.

*A nuestros venerables Hermanos Deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, Cabildo de la Real Colegiata de San Isidoro, Reverendos Arciprestes, Curas párrocos, Ecónomos y demás Clero secular, a los Profesores y alumnos de nuestros Seminarios Conciliares de San Froilán y de San Mateo de Valderas, a las Comunidades de Religiosos y Religiosas, y a todos nuestros amados hijos los fieles de esta Diócesis.*

Salud, paz y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

«Memoriam fecit mirabilium suorum: misericors, et miserator Dominus: escam dedit timentibus se».

«Memoria eterna dejó de sus maravillas: misericordioso y compasivo es el Señor: ha dado alimento a los que le temen».

Psal. CX, 4. 5.

**Venerables Hermanos y amados Hijos:**



MEDIO eficaz para contener al hombre en el cumplimiento de los deberes religiosos es la memoria de los *Novísimos*, según las siguientes palabras de las Sagradas Escrituras: *Acuérdate de tus*

*postrimerías, y nunca jamás pecarás.* (1) Y por esto la santa Iglesia, cual madre solícita de nuestra salvación, para que santifiquemos la Cuaresma, tiempo destinado especialmente a la oración y a la penitencia, nos recuerda en el día de Ceniza el pensamiento de la eternidad, a fin de que viendo lo fugaz y pasajero que es todo lo del mundo, elevemos nuestra consideración de las cosas transitorias y deleznable, dirigiendo las aspiraciones hacia nuestro eterno destino. Las vanas apariencias nos fascinan, los intereses mezquinos de la vida presente absorben la atención de la mayor parte de los hombres, y así se olvidan del fin grande, noble y altísimo para el que han sido criados por Dios.

Ved aquí, amados hijos, por qué el apóstol S. Pablo en el desempeño de su ministerio inculcaba sin cesar a los fieles que elevasen su pensamiento de las cosas visibles y transitorias a las invisibles y eternas, diciéndoles; *Las cosas que se ven son transitorias; mas las que no se ven, son eternas.* (2) Qué eficacia tan grande tiene este pensamiento de la eternidad para influir en nuestras acciones. ¡Ah! el pensamiento de la eternidad causa, o debe causar, en el hombre una impresión muy profunda. Sí; el corazón humano ansía la felicidad, que no encuentra en todas las cosas de este mundo; pero en los bienes

---

(1) Eccli. VII, 40.

(2) II Cor. IV, 18.

eternos halla esa felicidad, por la que suspira, y esta sola consideración basta para inspirarle firmes propósitos y santas resoluciones. Este pensamiento de la eternidad es un preservativo para impedir la corrupción de nuestro corazón, y un estímulo para practicar las virtudes. Es, por consiguiente, un pensamiento santo y saludable, no de tristeza y desconsuelo, sino de grande consuelo y esperanza; porque nos alienta y estimula, nos robustece en la fe, aumenta nuestra esperanza, y nos enciende más en la caridad y amor de Dios. Ved, pues, la virtud y eficacia que tiene para apartar nuestro corazón de los vicios y pecados, y restituirnos a la gracia y amistad divina.

Con este fin al principiar el santo tiempo de Cuaresma, la Iglesia nos trae a la memoria el pensamiento de la eternidad, medio tan eficaz para hacernos entrar dentro de nosotros, y fijar nuestra consideración en lo que más nos importa. Y la eternidad es cierta e infalible, pensemos, o no pensemos en ella, porque decretado está: *Irá el hombre a la casa de su eternidad.* (1) Sí; todos sin remedio tenemos que ir; por más que anden los hombres con exquisitos cuidados en conservar la salud, por más que huyan de la mortificación y del trabajo, allá vamos caminando incesantemente, y cada día y a cada instante estamos más cerca de la región de la eternidad, a donde llegaremos pronto, y donde viviremos siempre; y

---

(1) Ecles. XII, 5,

sin embargo pensamos tan poco en un punto tan capital; porque la eternidad no será igual para todos, será buena o mala; feliz para unos, desgraciada para otros. He aquí el problema más interesante que todos tenemos que resolver en esta vida. Cuánto nos importa asegurar una eternidad feliz; porque Jesucristo dice: *¿De qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma? O ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida?* (1)

Este es indudablemente el gran problema en cuya favorable y acertada solución debemos emplear nuestra vida. Este es el negocio, que con preferencia debe ocupar nuestra atención, y sin embargo una triste experiencia nos viene demostrando la frialdad e indiferencia con que lo miran muchos, el olvido, negligencia y abandono en que viven tantos y tantos respecto de su fin último.

Pues para avivar la fe en los hombres, y despertar a unos del sueño del pecado, y a otros del letargo de la tibieza e indiferencia, la Iglesia, según dejamos dicho, pone nuestra consideración el pensamiento de la eternidad a fin de excitar mociones saludables en las almas; pone ante nuestros ojos por medio de las cenizas benditas, lo que somos y en lo que hemos de venir a parar, el polvo a que ha de ser reducido nuestro cuerpo, para abatir así el orgullo del hombre y confundir su soberbia

---

(1) Matth. XVI, 26.

en conformidad de aquello: *¿De qué se ensoberbece el que no es más que tierra y ceniza?* (1) Y también para que a la vista de lo efímero, fugaz y transitorio de todas las cosas de este mundo elevemos más alto nuestra mente, y atravesando los espacios y horizontes visibles, lleguemos a las regiones de la inmortalidad, diciendo como David: *Púseme a considerar los días antiguos y a meditar en los años eternos.* (2) Con el mismo objeto nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV, que felizmente gobierna la iglesia, dirigiéndose a los Obispos, dice: «que nuestra primera misión debe ser, procurar con »la mayor actividad y esfuerzo que florezca entre los »hombres la fe en las verdades sobrenaturales, y al mismo tiempo la estima, el deseo, la esperanza de los »bienes eternos» (3).

Por tanto, ya que indispensablemente hemos de ir a la mansión de la eternidad, es necesario prepararnos con tiempo para no errar en el camino. ¡Dichosa eternidad, y desgraciada eternidad! Nos cabrá en suerte la que cada uno haya elegido en esta vida con sus buenas o malas obras. De aquí la imperiosa necesidad de obrar bien, a fin de disponernos convenientemente para asegurar un negocio de tanta monta, y que no solo es importantísimo, sino único, según lo asegura Jesucristo, diciéndolo-

---

(1) Eccli. X, 9.

(2) Psal. LXXVI, 6.

(3) Encicl. *Ad beatissimi Apostolorum Principis.*

nos: *Y a la verdad que una sola cosa es necesaria; que es la salvación eterna* (1). Doctrina tan importante es menospreciada por muchos, y por no pocos dada enteramente al olvido. Debe el hombre ocuparse en el principal negocio de la salvación, y con este objeto escuchar y meditar la palabra de Dios. Debe ocuparse en el conocimiento del sumo Bien, y de los medios para llegar a él. Aunque esta deba ser la ocupación constante de toda la vida, de modo especial debe serlo en este santo tiempo destinado a la oración, al recogimiento, a la penitencia, y en el que todos los fieles tienen obligación de recibir los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, para obtener el perdón de sus pecados, reconciliándose con Dios, y recibirle después en la sagrada Comunión, que es prenda segura de esa gloria futura que esperamos, de esa eternidad bienaventurada y feliz de que os veníamos hablando.

En la Carta Pastoral que tuvimos el gusto de dirigirnos con motivo de la Cuaresma en el año último, os hablamos de la confesión, exponiendo y encareciendo, entre otras cosas, el alto aprecio en que debemos tener este sacramento, el gran interés que debemos manifestar en acercarnos a recibirlo con frecuencia, y además las rendidas acciones de gracias que debemos dar a Jesucristo Señor Nuestro, por habernos dejado un medio tan fácil

---

(1) Luc. X, 42.

para obtener el perdón de los pecados, extendiéndonos también en otras consideraciones para haceros ver que la confesión no es una ley dura, ni odiosa, ley que oprima y torture las conciencias; sino que es una ley dulce y suave, de clemencia, de bondad y de misericordia. En el sacramento de la Penitencia se nos manifiesta de un modo especial la infinita misericordia de Dios para con los hombres, y por esto se llama, con mucha propiedad, sacramento de perdón, de reconciliación, de misericordia. Tan grande se revela la misericordia de Jesucristo en la institución de este sacramento, que pensándolo seriamente y ahondando en su consideración, cuanto es permitido a nuestra limitada inteligencia, no penetraremos lo suficiente en este abismo insondable de bondad y misericordia. No seamos ingratos a tanta bondad. No es la confesión tormento de la conciencia, no; es suave bálsamo que calma y tranquiliza, sana y purifica. Podrán hablar mal de la confesión los que no la conocen, porque no la practican, los que no saben lo que es, los que ignoran el bien inestimable y consuelo inefable que nos proporciona, las gracias divinas que atesora y los efectos maravillosos que causa en las almas; pero los que la practicamos y hemos gustado sus dulces frutos, bien podemos exclamar: ¡Bendita confesión! que tanta dicha y consuelo nos proporcionas.

Por tanto; habiendo tratado ya de la confesión, vamos a hablaros con la mayor sencillez en esta Carta de

la sagrada Comunión, que todo fiel cristiano debe recibir en este tiempo. Materia de suyo importantísima, muy agradable a las almas piadosas, y muy útil, conveniente y necesaria para todos. En la exposición de materia tan fecunda vamos a concretarnos a procurar excitar en vosotros sentimientos de amor y devoción a Jesús Sacramentado, en justa correspondencia al amor inmenso que nos demuestra en el Sacramento del Altar, y exhortaros también a recibir la sagrada Comunión con frecuencia y aún diariamente.

Estemos, pues, atentos a la voz dulcísima de Jesús, que con encendidos acentos de amor nos llama desde el Sagrario para que vayamos a visitarle y a recibirle: oigamos también las tiernas y fervientes súplicas de la Santa Iglesia que, como solícita y cariñosa Madre, no cesa de instarnos y rogarnos para que cumplamos sus preceptos, siendo hijos obedientes y sumisos; y escuchemos, por fin, una voz secreta, que resuena en nuestro interior, en lo más íntimo de nuestra conciencia, y que nos está diciendo, que la paz y tranquilidad de nuestra alma, la dicha y felicidad por qué suspiramos, la encontraremos en el Santísimo Sacramento, en la santa Comunión. Indicados quedan, amadísimos hijos, cuántos y cuan poderosos motivos hemos tenido para dirigirnos la presente Carta Pastoral sobre un punto tan interesante, la que no dudamos recibiréis con el agrado, amor y veneración con que habéis recibido las anteriores, lo que

Nos llena de consuelo y gozo, y además como dice el Apóstol: *Confianto en que todos vosotros hallais vuestra alegría en la mía* (1). Podemos muy bien aplicar aquí las siguientes palabras de S. Juan: *Estas cosas os decimos, a fin de que observándolas fielmente, os gocéis con el gozo mío, y vuestro gozo sea completo* (2). Así lo pedimos, deseando que todo sea a mayor gloria y honor del Santísimo Sacramento y bien espiritual de las almas.

## II

— Compendio de las maravillas de Dios es la sagrada Eucaristía, según lo había anunciado el Real Profeta, diciendo: *Memoria eterna dejó de sus maravillas, misericordioso y compasivo es el Señor: ha dado alimento a los que le temen.* (3) En este grande e inefable misterio se nos manifiesta de una manera especial hasta donde llega la ternura y generosidad del infinito amor de Jesucristo a los hombres; por lo que con tanta razón se llama *Sacramento de amor*. Ni al entendimiento del más encumbrado Serafin le hubiera ocurrido invención tan maravillosa, para quedarse con nosotros, dándonos el don inestimable de su cuerpo, sangre, alma y divinidad;

---

(1) II Cor. II, 3.

(2) Joan, XV, 11.

(3) Psal. CX, 4.

porque siendo Dios infinitamente sabio y poderoso no pudo darnos bien más precioso, ni tesoro de mayor mérito que este Santísimo Sacramento, † lo que tan bellamente expresó S. Agustín en este hermoso pasaje: «Siendo Dios omnipotente no pudo darnos don más precioso que el de la Eucaristía; siendo sapientísimo no supo darnos cosa más excelente, y siendo finalmente riquísimo no tuvo joya más preciosa y estimable que regalarnos». (1) ¡Cuán admirable os mostrais, Dios mío, en este compendio de vuestras maravillas, argumento de amor ardentísimo, y prenda segura de eterna gloria! Nada hay comparable en la tierra, y la inteligencia del hombre queda abismada ante prodigio tan estupendo y fineza de amor tan extremado.

— La obra principal del amor y sabiduría de Dios es este divino alimento del cuerpo adorable de nuestro Redentor. Las obras de Jesucristo fueron todas finezas de amor para con los hombres; pero esta supera y aventaja a todas las demás; porque en la institución de este augusto Sacramento, como dice el Concilio Tridentino, *derramó sobre nosotros las riquezas de su amor.* (2) † Todo lo que pudiéramos decir es muy poco, o nada; porque ni lengua de ángel puede expresar lo que es este *último grado de amor*, como le llama S. Bernardino, y profundizando en este pensamiento el V. P. Fr. Luis de

---

(1) Tract. 84 in Joan.

(2) Ses. XIII c. 2.

Granada exclamaba: «Callen aquí todas las maravillas  
»de la naturaleza; callen todos los prodigios de la gracia;  
»porque esta única obra es sobre todas las obras; y gra-  
»cia sobre todas las gracias. ¡Oh Sacramento maravi-  
»lloso! ¿Qué podré decir de tí? ¿Con qué afectos te ala-  
»baré? Tu eres vida de nuestras almas, medicina de  
»nuestras llagas, consuelo de nuestros afanes y traba-  
»jos, memorial de Jesucristo crucificado, testimonio de  
»su amor... alegría en nuestro destierro, y prenda segura  
»de felicidad eterna. Por medio de este manjar el alma se  
»une con su divino Esposo, con él se ilumina el entendi-  
»miento, se enfervoriza la voluntad, se despiertan los  
»buenos deseos, se adormecen las pasiones, se abren  
»las fuentes de las dulces lágrimas, y se cobra un suave  
»vigor y aliento para caminar al monte santo de Sión».

— Aunque el Padre Granada expresa tan bien, según  
acabais de oír, los admirables efectos del Sacramento  
del Altar, aún es poco; porque la infinita Sabiduría no  
pudo hallar mayor don, ni la inmensa Bondad pudo eje-  
cutar mayor obra. Aumenta la estimación y aprecio en  
que debemos tenerlo, el afecto de amor ardentísimo con  
que realizó la institución del Santísimo Sacramento. Así  
como un padre amantísimo, postrado en el lecho de muer-  
te, conociendo que se acerca el fin de su vida, llama a  
sus queridos hijos para despedirse, los abraza y estrecha  
contra su corazón, y mezclando sus lágrimas con las de  
ellos, les dice aquellas últimas palabras, que revelan el

entrañable amor que les profesa, y que los hijos graban en su memoria y en su corazón, y los bendice por última vez, así también Jesucristo, nuestro padre amantísimo, en la noche antes de su sagrada Pasión, cuando era llegada la hora de volver de este mundo al Padre, nos dió esta prueba de su entrañable e infinito amor, instituyendo el Santísimo Sacramento para quedarse con nosotros, y estar siempre con los hombres hasta el fin del mundo. Ahí se quedó, en el augusto Sacramento, sin limitación de tiempo, ni de lugar. En todas las iglesias cuando se ofrece el santo sacrificio, y en todos los Sagrarios del mundo está Jesucristo, como prisionero de nuestro amor.

¡Qué milagro de amor! a. h. Ahí, en todos los Sagrarios de vuestras parroquias está Jesucristo, y está siempre de día y de noche realmente presente en la sagrada Hostia; y siendo Rey de cielos y tierra está ahí oculto en el santo Tabernáculo por amor a vosotros, para colmaros de gracias y dones, para consolaros en vuestras aflicciones, proporcionaros remedio en vuestras necesidades, y lo que vale más para ser alimento de vuestras almas. ¡Oh Sacramento de amor! ¿Cómo no te alaban y adoran los hombres? ¿Cómo se olvidan de tí y llegan hasta ofenderte...!

En las muchas iglesias donde hemos hecho la Santa Visita Pastoral, recordaréis que, al dirigiros la palabra, hemos procurado llamar vuestra atención sobre este punto, sobre lo que es tener el Santísimo en vuestras

iglesias; pues os repitimos lo que entonces hemos dicho, y ahora lo decimos también a todos los demás. Pensad bien lo que es, lo que vale y significa tener el Santísimo Sacramento en los Sagrarios de todos vuestros templos parroquiales. El mismo Dios es el que está en el sencillo tabernáculo de la pobre iglesia de aldea, y el que está en el suntuoso sagrario de la insigne Basílica, o grandiosa Catedral de la ciudad. No importa que se trate de un pueblo de pobre y reducido vecindario, en el tabernáculo de su iglesia parroquial está Jesucristo, Rey inmortal de los siglos, allí habita como en su Palacio y tiene su Trono de amor. ¡Qué dicha tan grande para nosotros! Qué sentimientos de amor y devoción debe despertar en nuestras almas esta verdad tan consoladora! Pensando en esto os decíamos y repetimos ¡amor a vuestras iglesias! con cuánto gusto habéis de acudir a ellas como atraídos por este imán divino, y con cuánto respeto y reverencia debemos estar en el santo templo, que con mucha propiedad se llama *Casa de Dios*, porque en él habita realmente el Rey de la gloria: y aunque sea un templo sencillo y pobre, lo adorna, embellece y hace precioso el Santísimo Sacramento.

Insistiendo sobre esta materia, decimos con un piadoso escritor: «¿No es verdad que sería muy triste nuestra vida, si no se hubiese quedado Jesús en la Eucaristía? » ¡Qué solitarios serían entonces nuestros templos, fríos como el hielo nuestros altares, sin alma las ceremonias

»de nuestro culto!» (1). Pero está allí Jesús Sacramentado, en el sagrario late su Corazón por nuestro amor, allí tiene vida de sacrificio y amor, y en expresión del Apóstol: *Está siempre vivo para interceder por nosotros* (2). Qué dulce y consolador es todo esto. Israel se prefería en otro tiempo a los demás pueblos por los testimonios que Dios le daba de su presencia, exclamando Moisés: *Ni hay otra nación por grande que sea, que tenga tan cercanos a sí los dioses, como está cerca de nosotros el Dios nuestro* (3). Si Moisés prorrumplía en estas expresiones, para realzar la grandeza y excelencia de un pueblo, a quién el Señor se mostró solamente por sombras y figuras ¿qué deberá pensar el cristiano cuando reflexione que tiene siempre a su Dios consigo en los altares? Por este medio Moisés exhortaba al pueblo a la observancia de los mandamientos de Dios, y esto mismo debemos hacer nosotros, puesto que tenemos motivos más poderosos para cumplir fielmente los mandamientos divinos.

### III

— El amor de Jesús pide nuestro amor, los deseos de Jesús deben ser nuestros deseos; porque *Él no ama*, dice S. Bernardo, *sino para ser amado*. Habita en nuestros

---

(1) Agustí. *Ejercicios espirit.*

(2) Hebr. VII, 25.

(3) Deut. IV, 7.

templos, como dejamos dicho, no solo para recibir nuestros cultos y adoraciones, escuchar nuestras plegarias y dispensarnos favores y beneficios, ni tampoco para vivir solamente en nuestra compañía, y ser como nuestro vecino, sino principalmente para dársenos en alimento, siendo delicioso y regalado manjar de las almas. El trono de amor, que tiene en el Sagrario, quiere establecerlo en el corazón de todos y cada uno de los hombres por medio de la santa Comunión, por esto nos llama y nos insta, para que vengamos a recibirle, diciendo: *Venid a mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré.*† (1) Jesucristo llama a todos sin excepción de personas; no es como los hombres que reparten sus favores con parcialidad a ciertas personas privilegiadas, para él no hay diferencia de sexo, ni de condición, y por esto llama a todos, sacerdotes y fieles, ricos y pobres, sabios y sencillos, jóvenes y ancianos, padres e hijos, justos y pecadores; y sobre todo dice: *venid a mi vosotros los que andáis agobiados con trabajos, los que gemís bajo el peso de pruebas y tribulaciones, y yo os aliviaré.* ¡Ay! amados hijos, en este valle de lágrimas quién está sin padecer? ¿quién no tiene disgustos que devorar? ¿quién no tiene que pasar por duras pruebas y amargos frances, que acibaran nuestros días, haciendo que muchos de ellos los pasemos en el dolor y

---

(1) Mat. XI, 28.

la tristeza, en la aflicción y en el llanto? ¿quién no tiene que llevar su carga y su cruz?

← Pues en la sagrada Comunión se nos ofrece el remedio. En el Sagrario es donde oímos estas benditas palabras de consuelo: *Yo os aliviare*. Sí; Jesucristo es quien puede y quiere consolarnos. En él está el remedio, la salud y la vida. Vengamos, pues, a buscarlo en la santa Comunión, porque el pan eucarístico tiene tal virtud, que cuando entra en nuestras almas, las alimenta y conforta para vivir vida sobrenatural y divina, como se afirma en estas palabras: *Quien come mi carne, y bebe mi sangre, en mi mora, y yo en él... así quien me come, también él vivirá por mi y de mi propia vida* (1). Y añade que es una prenda de resurrección y de gloria diciéndonos: *Quien come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día* (2). Qué promesas tan regaladas hace nuestro amantísimo Jesús a los que comulgan dignamente. Aquí está el mayor bien que tenemos sobre la tierra, la mayor dicha y felicidad a que podemos aspirar en esta vida llena de contrariedades y penas.

A los amorosos acentos de nuestro Redentor se une también la voz de la Iglesia, que solicita por la salvación de las almas, nos llama asimismo con dulces y tiernos acentos para que no descuidemos el cumplimiento de los

---

(1) Joan. VI, 57, 58.

(2) id. 55.

deberes de cristianos. Nos recuerda que la Cuaresma es el tiempo de propiciación, el tiempo de reconciliarnos con Dios, recibiendo los santos sacramentos de Penitencia y Comunión, como debe hacerlo todo fiel cristiano para cumplir los preceptos divinos y eclesiásticos. Siendo la sagrada Comunión un don de infinito valor y una gracia incomparable, parece que no sería necesario un precepto para que el hombre se acercase a esta fuente de vida, para que el hombre correspondiese a este exceso de amor; antes bien sería necesario apartarle para que no se quedase allí estático, o se acercase con demasiada frecuencia; pero a causa de la tibieza, indiferencia y poca fé de unos, y de la mala correspondencia e ingratitud de otros, sucede lo contrario. Grandísima pena causa el ver que en las iglesias de muchos pueblos, no hay en la mayor parte de los días siquiera una alma devota y piadosa que vaya a visitar el Santísimo Sacramento, ni se acerque a la santa Comunión.

— Para reparar este lamentable olvido y tanta ingratitud de los hombres, manda la Iglesia que todos los fieles cristianos que tengan uso de razón, comulguen al menos una vez en el año, debiendo hacerlo ahora para el *Cumplimiento pascual*. De modo que todos por razón del precepto divino y eclesiástico están obligados a recibir la sagrada Comunión al menos una vez cada año. Es claro que los deseos de esta Madre amantísima son que todos sus hijos se acerquen con más frecuencia, y aún

diariamente los que puedan hacerlo a recibir este pan de vida. <sup>f</sup>No vamos a citar aquí las disposiciones, que en todos los tiempos ha dado la Iglesia, encaminadas a este fin, y las exhortaciones que siempre ha venido haciendo con tan santo motivo. Reciente está el Decreto del inmortal Pontífice Pio X sobre la Comunión frecuente y diaria (1). Este gran Papa, que pasará a la historia llevando entre otros títulos gloriosos el de promovedor de la comunión frecuente y diaria, con su memorable Decreto logró encender en las almas el amor y devoción al Santísimo Sacramento, y desde entonces en toda la Iglesia ha venido aumentando constantemente y de un modo extraordinario el número de comuniones frecuentes y diarias. El mencionado Decreto señala la época en que felizmente comienza un resurgir glorioso en el culto eucarístico, amor y devoción a Jesús Sacramentado. Y esta obra de la comunión frecuente y diaria se ha propagado más con el importantísimo Decreto del mismo Papa sobre la primera comunión de los niños (2).

La voz augusta del Sumo Pontífice, del Papa de la Eucaristía, se oyó en toda la Iglesia, llegando hasta los confines del orbe, y en los corazones de todos los fieles resonó su eco dulcísimo despertando sentimientos de viva fe, encendido amor y tierna devoción a Jesús Sa-

---

(1) S. Trid. Synodus. 20 Decemb. 1905.

(2) *Quam singulari*. 1910.

cramentado. Esto contribuyó poderosamente al éxito creciente y extraordinario con que se celebraron después los diversos Congresos Eucarísticos Internacionales, y señaladamente el que tuvo lugar en nuestra amada patria por el inusitado esplendor y magnificencia no superada con que se verificó en la capital de España. Bien podemos exclamar con el Apóstol: *Al Rey de los siglos inmortal, invisible, al solo y único Dios, sea dada la honra y gloria por siempre jamás. Amén* (1). Si; honor y gloria al Santísimo Sacramento. No solo se le tributó un culto más solemne y majestuoso, sino que se aumentaron y multiplicaron las Asociaciones Eucarísticas, y lo que es más, en las aldeas, en las ciudades, en las naciones y en toda la Iglesia se multiplicaron de un modo asombroso las comuniones, las visitas, los actos de amor, reparación y desagravio al augusto Sacramento del Altar. Si desgraciadamente tenemos que lamentar las aberraciones de muchos, los hechos que dejamos apuntados nos proporcionan dulcísimo y saludable consuelo, sirviendo para avivar nuestra fe, alentar nuestra fundada esperanza y encender más y más nuestra caridad.

#### IV

—No nos hagamos sordos, a. h. a estos amorosos llamamientos, ni seamos ingratos a tantos y tan grandes beneficios. Como buenos católicos, y como hijos fieles y

---

(1) I Tim. I, 17.

sumisos de la Iglesia, obedientes siempre a la voz de vuestros pastores, preparaos para recibir la sagrada Comunión, procurando hacerlo con las debidas disposiciones, y especialmente con una confesión íntegra y dolorosa de vuestras culpas, para ir con la conciencia limpia a recibir al Dios de la pureza y santidad. Así lo esperamos de todos vosotros; que no os defengan vanas excusas, ni falsos pretextos. Ya habéis oído que Jesucristo llama a todos, y a todos también os espera. No hay que desoír su voz, ni desatender su paternal llamamiento: porque Él ha pronunciado estas gravísimas palabras: *En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros* (1). Estas palabras de Jesucristo dicen claramente que todo hombre, si quiere vivir la vida de los hijos de Dios, debe participar del sacramento de la Eucaristía, recibéndole cuando está obligado, y si por algún obstáculo invencible no pudiese comulgar, lo hará espiritualmente con el deseo; «porque este divino alimento, como dice S. Juan Crisóstomo, es necesario para la vida santa de las almas, y para la resurrección gloriosa de los cuerpos» (2).

— Venid, pues, todos a recibir la Hostia consagrada, en la que está realmente presente el mismo Jesucristo. Los que andais ocupados en negocios del mundo, los que

---

(1) Joan. VI, 54.

(2) Chrys. *De Orat. Domi.*

vivís preocupados con los asuntos de familia, los que estais dedicados al ejercicio de alguna profesión, o al comercio, a la industria, los que vivís de la agricultura y pasais los días en los trabajos del campo, los obreros y jornaleros que con el producto del trabajo y sudor de vuestra frente teneis que atender al sustento de vuestra casa y familia, los ricos y pobres, todos, en una palabra, sin distinción de estado ni de clase, porque todos sois hijos de Dios, que os llama, y todos tenéis necesidad, y grande necesidad de la santa Comunión. San Francisco de Sales decía: «Si te preguntan por qué comulgas a menudo, les dirás, que para aprender a amar a Dios, para purificarte de tus culpas, para fortalecerte contra tu flaqueza, triunfar de tus enemigos y hallar consuelo en las aflicciones. Dos clases de personas, añade el Santo, deben comulgar con frecuencia: los perfectos, porque lo son; y los imperfectos, para no serlo; los fuertes para que no se hagan débiles, y los débiles para hacerse fuertes; los enfermos para sanar, los que gozan de buena salud para no enfermar; el que no tiene negocios porque está desocupado, y el que los tiene para acertar en todo» (1). †

Ya veis, a. h. como para todos no solo es útil y conveniente, sino necesaria la sagrada Comunión, y especialmente para los que viven descuidados y abandonados

---

(1) Vida devota. c. 21.

En el negocio que más les interesa, que es el de la salvación de su alma, y han pasado años, y quizá muchos, sin tener la dicha de recibir este divino manjar, sin alimentar su alma con este pan de la vida. Los que os hallais en este caso, resolveos a cambiar de vida, salid de vuestra apatía, frialdad o indiferencia. Recogeos a vuestro interior ¿no oís la voz de vuestra conciencia que os remuerde, y está diciendo, que no podéis continuar así, porque ni sois, ni podeis ser felices, privados del mayor bien y del que es fuente de todos los bienes? Aunque abundéis en bienes del mundo, nadéis en delicias y estéis colmados de honores, todo esto no basta, en vuestro interior no sois felices y dichosos, y si sentís alguna dicha, es efímera y fugaz: en vuestro interior hay tristeza, hay un vacío grande... bien sabeis que esto es la realidad. Háblamos con esta sencillez y claridad por la experiencia que tenemos de estas cosas; pues habiendo pasado casi todos los años de nuestro ministerio en la observación y en el estudio del corazón humano, tenemos motivo para conocerlas no solo por la teoría, sino por la práctica, y por tanto repetimos, ese vacío que sentís en vuestro corazón, ese algo que os falta, aquí está en el Sagrario, en la santa Comunión. Vuestra alma siente necesidad, tiene hambre de este pan del cielo, pan que contiene en sí todas las delicias.

— Venid, pues, a satisfacer esa necesidad, esa ansia que sentís, esa felicidad por que suspirais. Venced los res-

petos humanos, que son vanos fantasmas que acaso el enemigo os presenta para retraeros. Sacrificad las pasiones, que os dominan y esclavizan. Seguid la voz de la conciencia que os llama al cumplimiento de los deberes religiosos. De esto depende la paz y tranquilidad de vuestro espíritu y vuestra eterna dicha. † Recordad sino vuestros primeros años, y especialmente el día de la primera Comunión, para la que vuestras piadosas madres os prepararon con tanto esmero y diligencia tan exquisita, a fin de que la hicieseis con las debidas disposiciones, y el recuerdo de tan hermoso día, y de tan solemne acto, no se borrarán jamás de vuestra memoria; pero aquella dicha y felicidad, que entonces sentisteis, os falta desde que dejasteis de recibir la sagrada Comunión. ¡Ay! desgraciado del que perseverare en su endurecimiento, en su obstinación, diciendo el Real Profeta: *Así es que los que se alejan de tí, perecerán: arrojarás a la perdición a todos aquellos que te quebrantan la fé* (1). Esto es; que no son fieles a Dios, que no guardan sus santos mandamientos. Y al que le llegue la última hora sorprendiéndole la muerte en tan triste estado; porque ni en sana salud comulgaba, ni en peligro de muerte quiso hacerlo, negándose a confortar su alma con el santo Viático para el viaje de la eternidad ¡Ah! muy triste y desgraciada será su muerte. Los de su familia, que le sobrevivan, sumi-

---

(1) Psal. LXXII, 27.

dos en el dolor y en el llanto, quedan aún más desolados y en aflicción mucho mayor, si no tienen el consuelo y la firme y fundada esperanza de que el alma del llorado deudo alcanzará la felicidad eterna, la gloria del cielo; y al contrario, en medio de su aflicción estarán resignados con este grandísimo consuelo y dulcísima esperanza, que es el bálsamo que mitiga la pena y hace más llevadero el dolor en estos amarguísimos trances.

Pues bien, para evitar esto dice el Apóstol Santiago: *Allegaos a Dios, y él se allegará a vosotros... purificad vuestro corazón* (1). Y añadiremos con S. Pablo: *Puesto que fuisteis comprados a gran precio. Glorificad, pues, a Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo* (2). Es decir; dad gloria a Dios con una pura e inocente vida, viviendo de tal manera que habite Dios siempre en vosotros. Por tanto procurad cumplir sin más dilación este deber tan sagrado, y que tantos beneficios nos reporta para la vida presente y para la futura que esperamos. Así sentiréis el gozo y alegría interior que causa la buena conciencia y la paz que la gloria de Dios infunde en las almas.

Podemos aplicar aquí las palabras de Jesús a sus discípulos: *Estas cosas os he dicho, a fin de que observándolas fielmente os gocéis con el gozo mio, y vuestro gozo sea completo... Vosotros sois mis amigos, si*

---

(1) Jacob. IV, 8.

(2) Cor. VI, 20.

*hacéis lo que yo os mando* (1). Palabras llenas de consuelo para alentar nuestra confianza ¡Cuán a poca costa podemos ser amigos de Jesús! Correspondamos a su amor, que nos es de tanta honra y de tan grande utilidad.

— Padres y madres de familia, bien merecéis vosotros dos palabras que os sirvan de estímulo y aliento para cumplir el grave deber que pesa sobre vosotros, de la educación cristiana de vuestros hijos. Como el ejemplo es más eficaz que las palabras, debéis procurar dar siempre buen ejemplo a vuestros hijos, observando los santos Mandamientos de Dios y de la Iglesia, para que vuestra casa sea la de un vecino honrado y temeroso de Dios, y vuestra familia sea una familia cristiana. Ahora en este tiempo, en que como sabéis, obligan los preceptos de confesar y comulgar, os acercaréis a recibir estos santos sacramentos, no contentándoos con hacerlo vosotros solamente, sino cuidando de que lo hagan también vuestros hijos y dependientes; y para que estos así lo cumplan, llevadlos en vuestra compañía, o hacedlo primero vosotros para ir delante con el buen ejemplo. †

— Muchos perjuicios trae para la buena educación, régimen y gobierno de la familia el mal ejemplo de los padres y superiores. ¡Lo que sienten y piensan los hijos cuando saben y ven que su padre no confiesa ni comulga! ¡Qué consecuencias tan tristes y lamentables se siguen

---

(1) Joan XV, 11, 14.

de esto! Sed, pues, muy diligentes, padres cristianos, en cumplir este deber. Sedlo asimismo en procurar que lo hagan también vuestros hijos; acostumbradles desde que llegan al uso de la razón, a que reciban con frecuencia la sagrada Comunión, a que alimenten sus almas con este pan del cielo, para que el pecado no manche sus puros corazones, y se conserven en la inocencia y santo temor de Dios, así serán hijos de bendición, y de este modo labraréis su dicha y la vuestra. †

## V

— Importa muchísimo a. h. que nos penetremos bien del infinito amor que Jesucristo nos demuestra en la Eucaristía, para que correspondamos visitándole y recibéndole con la mayor frecuencia que nos sea posible. No podía expresar de un modo más claro y enérgico sus vivísimos deseos de que le recibamos en la santa Comunión, que invitándonos, según queda dicho, por una parte con tan amorosas instancias, y por otra amenazándonos con la exclusión de su reino, si nos apartamos de él. De todos los Sagrarios salen como voces dulcísimas y de suavidad incomparable llamando a los hombres para que asistan a este divino convite, en que se recibe el alimento de los escogidos, el manjar de los fuertes y una bebida engendradora de virginidad y de inocencia; alimento de celestial gusto y que confiere en

sí todo sabor. No se contenta nuestro amantísimo Redentor con que le recibamos una sola vez en el año, quiere que lo hagamos con más frecuencia, y a ser posible diariamente, para reinar en nuestro corazón, unirnos estrechamente con él, viviendo su vida. Aceptemos la invitación amorosa de Jesús, en el Sagrario está la fuente de todos los bienes y el remedio de todos los males. †

Palabras de incomparable ternura dirigía el divino Redentor durante su vida mortal a todos los atribulados, movido por el ardiente deseo de enjugar sus dolorosas lágrimas y derramar en sus corazones el bálsamo de la paz y del consuelo, y aquí en el Sacramento ejercita el mismo oficio de consolador de las almas. Preguntad sino a tantas almas venturosas que lo han gustado, y os dirán que aquí han hallado el remedio y consuelo, que en vano buscaban en las criaturas. El Santísimo Sacramento es mantenimiento y delicia de la vida espiritual. En la santa Hostia, reservada en el tabernáculo, está el Dios de las consolaciones, el Padre de las misericordias, el dador de todos los bienes, ardiendo en deseos de colmarnos de gracias y beneficios, y diciéndonos a todos y a cada uno cuando le recibimos: *¿Qué quieres que te haga?* (1). Lamentable ceguedad la de tantas almas que

---

(1) Mar. X, 51.

en vez de acudir a Jesús, acuden a los pasatiempos, diversiones y deleites mundanos.

La causa de tanto mal está «en que las vanas e in-  
»mundas dulzuras de la tierra nos han estragado el pa-  
»ladar, para que no le sepan bien los purísimos deleites  
»del cielo. Los demasiados y superfluos cuidados de las  
»cosas temporales nos ofuscan y encantan para no cui-  
»dar de los bienes eternos. ¡Intolerable descuido de nues-  
»tra salud! ¡Ingratitud digna de los mayores castigos! (1).  
Si Cristo, significado en aquel señor del Evangelio, se indignó tanto contra los que convidados no quisieron venir al convite de las bodas por atender a sus ocupaciones y placeres ¿cómo no usará contigo severísimos castigos, oh alma ingrata? ¿Cómo no convertirá su amor en indignación e ira justa contra tí? Y será mayor el castigo privarte en vida de este divino manjar, y en la muerte de este Viático saludable, como lo hizo con aquellos ingratos, que descortesmente se excusaron de venir al convite (2).

— Teman, por tanto, los que no se alimentan de este pan bajado del cielo. Basta ya de indiferencia, basta ya de ingratitude. Acerquémonos fervorosos con la mayor devoción y reverencia a la sagrada mesa. Si no nos apremia el amor de Dios, aprémienos al menos nuestro

---

(1) Rosignoli. *Verdades eternas*.

(2) Luc. XIV, 24.

propio interés, el amor de nosotros mismos, para recibir los favores y mercedes que en esta mesa, y a manos llenas, se nos ofrecen. ¡Qué felices son los que todos los días tienen la dicha de recibir la sagrada Comunión! ¡Cuánto se complace Jesús en estas almas piadosas, que así corresponden a su amor! No importa que vivan en la pobreza, que tengan pruebas y tribulaciones; porque en todo las consuela Jesús, y viven resignadas, tranquilas y contentas teniendo a Dios consigo, y llegan a decir con Sta. Teresa: *Quien a Dios tiene, nada le falta. Solo Dios basta.*

Admiremos esas almas que, llenas de fe y amor a Jesús Sacramentado, van a recibirle todos los días. Anímáos a invitarlas para gozar de su dicha. Qué bien tan grande para las casas y familias en donde hay una o más personas que diariamente comulgan. Cuántas gracias y bendiciones del cielo alcanzarán también para los de su casa y familia, y de cuántos peligros los librarán. No lo dudéis: Jesús las protegerá de un modo especial. Esto mismo sucederá en los pueblos y parroquias en donde hay comuniones diarias; porque son actos de amor, reparación y desagravio, y sirven también para suspender el brazo de la divina Justicia levantado para castigar a los pueblos por los muchos pecados y escándalos que se cometen contra la ley del Señor y los preceptos de la santa Iglesia. Ya veis cuántos bienes trae consigo la Comunión frecuente y diaria, los muchos ma-

les y peligros de que nos libra, y las innumerables gracias y beneficios que nos dispensa.

— Nos consuela muchísimo el saber que no solo en las poblaciones importantes de nuestra amada Diócesis, sino también en otras muchas parroquias, hay personas que comulgan todos los días, y pensando en los grandes bienes que de esto resultan para la gloria de Dios, y para la paz y tranquilidad de las familias y parroquias, deseamos que la santa práctica de la comunión frecuente y diaria se aumente y propague en todos los pueblos y parroquias de nuestra jurisdicción. Aunque sean parroquias pobres y de reducido vecindario, aspiramos a que en todas ellas haya almas agradecidas que visiten el Santísimo y diariamente le reciban. † Muy consolador es, saber que en los Sagrarios de todas las parroquias está Jesucristo, y allí permanece día y noche por amor a sus vecinos, aunque sean pocos y pobres, para protegerlos, consolarlos y remediarlos, derramando sobre ellos, según dejamos dicho, toda clase de gracias y bendiciones. ¿Y no corresponderéis a tanta fineza de amor?

— Os quejais de que vienen malos años, de que estais agobiados con tantos tributos, y no teneis con qué atender a las necesidades de la vida; y en realidad esto es lo que está pasando; pero acordaos de que en el Tabernáculo de vuestra iglesia está Jesús Sacramentado; no le ofendais. Amadle como a vuestro Padre; adoradle como a vuestro Dios y Señor, siempre atentos y solícitos

a cumplir su voluntad en todo. Visitadle y recibidle en la santa Comunión ~~Y~~ así como un buen padre desea y procura el bien de sus queridos hijos, atendiéndolos y socorriéndolos en sus necesidades, así también Jesús, que os ama más que los padres carnales, os consolará en vuestras aflicciones, enjugará vuestras lágrimas, y derramará sus bendiciones sobre vuestras casas, familias y haciendas, para que todas las cosas os sucedan prósperamente y tengais días más tranquilos y felices, años llenos y cumplidos. Estos son nuestros vehementes deseos; reflexionad sobre lo mucho que os importa tenerlos siempre presentes, para ajustar a ellos vuestra conducta. Mirad como habéis vivido hasta el presente, y pensad como debeis vivir en adelante.

## VI

— Si deseamos, queridos hijos, que en los Sagrarios de cada una de las parroquias tenga el Santísimo adoradores y almas amantes que le reciban con frecuencia y aún diariamente, también esperamos que en las villas y pueblos importantes se le tribute un culto más solemne y grandioso, debiendo ser muy numerosas las comuniones diarias y las visitas, ya que disponen de más medios, y se hallan en condiciones más favorables. ~~Y~~

Pero esta santa práctica de la comunión frecuente y diaria debe propagarse de modo especial en esta noble

ciudad de León, porque León debe ser un *pueblo Eucarístico*, un pueblo que se distinga por su amor y devoción al Santísimo Sacramento. Desde tiempo inmemorial goza nuestra amada Ciudad del insigne privilegio de tener expuesto el Santísimo día y noche en el altar mayor de la Real Colegiata de S. Isidoro. ¡Beneficio inestimable! ¡Qué prueba tan señalada del amor de Jesús al pueblo de León! Amados leoneses, ¿cómo corresponderéis a esta distinción que tanto os honra, y que habla tan alto en favor de la fe de vuestros gloriosos antepasados? Aunque ya lo sabéis, y lo venís practicando, no estará de más que os expongamos nuestros anhelos para estimularos a ser constantes, y enfervorizaros más en el amor a Jesús Sacramentado, que desde niños os inculcaron vuestros cristianos padres, siguiendo la piadosa costumbre de ir todos los días a visitar el Santísimo en S. Isidoro. Seguramente que no lo habréis olvidado, y también recordaréis las dulces emociones que sentíais, y los santos y saludables consejos que con este motivo os daban vuestras queridas y piadosas madres.

Desde entonces han pasado años, ocurrido muchos sucesos, cambios, tantas cosas... pero el Santísimo Sacramento continúa en aquel trono de amor, allí permanece siempre expuesto en aquel sacro Viril, y aunque algunos quizá se hayan alejado de él, y no se acuerden de recibirle, ni siquiera de visitarle, sin embargo allí persevera lleno de amor, llamando y esperando, y ardiendo

en deseos de que todos le visiten y le reciban; hé aquí por qué los vecinos de esta noble Ciudad están especialmente obligados a manifestarse agradecidos por tan insigne privilegio, hé aquí por qué en las iglesias de esta capital debe haber todos los días numerosísimas comuniones de hombres, mujeres y niños, de personas de todas las clases y estados, correspondiendo así al amor de Jesucristo. Comulgad diariamente, siempre que podais hacerlo, y visitad también el Santísimo en testimonio de vuestra fe y en prueba de gratitud a los beneficios de que les sois deudores.

Además exhortamos muy encarecidamente a todos nuestros amados diocesanos a que figuren en las Asociaciones Eucarísticas como socios activos u honorarios, para que el Santísimo Sacramento tenga siempre y en todas las iglesias adoradores, y para que dichas Asociaciones tengan vida más floreciente, y los cultos en honor del Augusto Sacramento revistan mayor esplendor, no tan solo por la solemnidad con que se celebren, sino principalmente por el numeroso concurso de asistentes. A tal extremo llega el inmenso amor de Jesús, que dice: *Son mis delicias estar con los hombres* (1). En justa correspondencia pongamos nuestras complacencias en visitarle en el Sagrario y recibirle en la Co-

---

(1) Prov. VIII, 31,

muni6n, haciéndolo con sentimientos de encendida caridad.

— D6nde mejor que postrados ante el Sant6simo Sacramento podemos hablar con Jes6s, abrirle nuestro coraz6n y exponerle nuestras necesidades, presentar nuestras s6plicas, desahogando con la mayor confianza. Al pie del Sagrario siempre hallaremos consuelo. Qu6 es lo que nos impide tanta dicha y nos priva de gracias y bienes que exceden a todos los de la tierra? No son precisamente las ocupaciones del cargo, profesi6n o estado. Esa frialdad en la f6, el abandono en el cumplimiento de los deberes religiosos, aquel mal h6bito o vicio, la asistencia a reuniones il6citas o peligrosas, las malas lecturas y compa6nias; en estas, o parecidas causas, hay que buscar el motivo; pues ya sabeis, que aqu6 est6 el remedio para tantos males, venid a buscarlo y lo encontrar6is. Avivad en vosotros los sentimientos de amor y devoci6n al Sant6simo Sacramento; visitadle y recibidle con frecuencia, y si es posible todos los dias, y el j6bilo y la alegr6a inundar6n vuestras almas, y tendr6is vuestras delicias en estar con Jes6s, como 6l las tiene en estar con los hombres.

Con las m6s vivas instancias pedimos al Se6or, que ilumine vuestras inteligencias e inflame vuestros corazones, para que, secundando nuestros deseos, correspondais al fin que nos hemos propuesto al dirigiros esta Carta. No aspiramos solamente a que todos, como hijos

obedientes, cumplais con el *Precepto pascual*, sino que nuestros anhelos y aspiraciones se ordenan y dirigen a avivar la fé, a despertar el sentimiento religioso en los pueblos y parroquias, en todos y cada uno de los fieles, para que en todas partes sea alabado el Santísimo Sacramento, sea honrado y amado, y reine en vuestros pueblos, en vuestras familias y en vuestras almas, siendo el imán de nuestros corazones y el encanto de nuestro amor. *Gustad y ved cuán suave es el Señor: bienaventurado el hombre que en él confía* (1).

A vosotros, venerables Sacerdotes, y amadísimos cooperadores en el santo ministerio, a vosotros toca llamar y estimular a los fieles, para que vengan a este sagrado banquete. Jesucristo dijo: *Yo he venido a poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?* (2). Este fuego de caridad está latente en el santo Tabernáculo, trabajad por que se propague y prenda en las almas, para que se purifiquen, y se inflamen en este incendio de amor divino, y ardiendo en deseos de la Sagrada Eucaristía se acerquen a recibirla, para apagar la sed que las devora, y saciar el hambre que las atormenta. De vuestro probado celo esperamos que no pueda decirse: *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis* (3). *Pedían pan los parvulitos, y no había quien se lo repartiase.*

---

(1) Psal. XXXIII, 9.

(2) Luc. XII, 49.

(3) Thren. IV, 4.

Dice el Apóstol: *Pro Christo ergo legatione fungimur* (1). Y somos además, *Dispensatores mysteriorum Dei* (2). Siendo, pues, como unos embajadores en nombre de Cristo, y dispensadores de los misterios de Dios, debemos desempeñar tan augustas funciones con el cuidado y diligencia que requieren los oficios altísimos que se nos han confiado. Trabajemos con celo constante para que la mesa del Señor no esté desierta. En el púlpito, en el confesonario y por todos los medios, procuremos promover la comunión frecuente y diaria: Jesucristo dice a cada uno de sus ministros: *Exi cito in plateas, et vicos civitatis: et pauperes, ac debiles, et caecos, et claudos introduc huc* (3). Hay que llamar a tantos pobres, que están hambrientos, que desfallecen de necesidad, y necesitan alimentarse de este manjar celestial; hay que invitar a tantos lisiados, que son víctimas de alguna pasión, que viven habituados en el vicio, y tienen necesidad de esta medicina, de este bálsamo, para curar y cicatrizar sus profundas llagas. Hay que traer a muchos que están ciegos para las cosas espirituales, porque han perdido la fe, o la tienen muerta, no miran para las cosas de arriba, para las cosas del cielo, solo piensan en la tierra y en las cosas de este mundo, y necesitan la santa Comunión para ser curados

---

(1) II Cor. V, 20.

(2) I Cor. IV, 1.

(3) Luc. XIV, 21.

de la ceguera espiritual y recobrar la vista perdida. Hay que ayudar a tantos cojos, que viven descuidados y abandonados en el cumplimiento de los deberes religiosos, para que se levanten de su apatía, flojedad y tibieza. —Ya veis cuántos están necesitados, y nosotros somos los encargados de invitarlos; hemos de rogarles e instarles, llegando hasta hacerles como amorosa violencia para que vengan al Sagrario; pues Cristo insiste diciendo: *Exi in vias, et sepes: et compelle intrare, ut impleatur domus mea* (1). Para que así se cumpla, trabajemos con celo creciente, sin desmayos, ni desfallecimientos, y con la gracia de Dios conseguiremos que vengan todos, y que nuestros Sagrarios no estén desiertos, sino rodeados en todas las iglesias de fervorosos adoradores, que tendrán sus complacencias en estar con Jesús Sacramentado, y en recibirle en la S. Comunión.

Estos son Venerables Hermanos y amados Hijos, nuestros anhelos y aspiraciones, y terminamos recomendándoos con el mayor encarecimiento que, secundando los deseos del Sumo Pontífice Benedicto XV, pidáis a Dios con incesantes y humildes ruegos, que cese la guerra tan atroz, que está cruelmente afligiendo a la Europa y al mundo, y que es justo castigo de los pecados cometidos. Ofrezcamos al Sacratísimo Corazón de Jesús actos de amor, reparación y desagravio por las ofensas que se le han hecho rogándole con vivas instancias, que se digne concedernos el beneficio de la paz tan deseada.

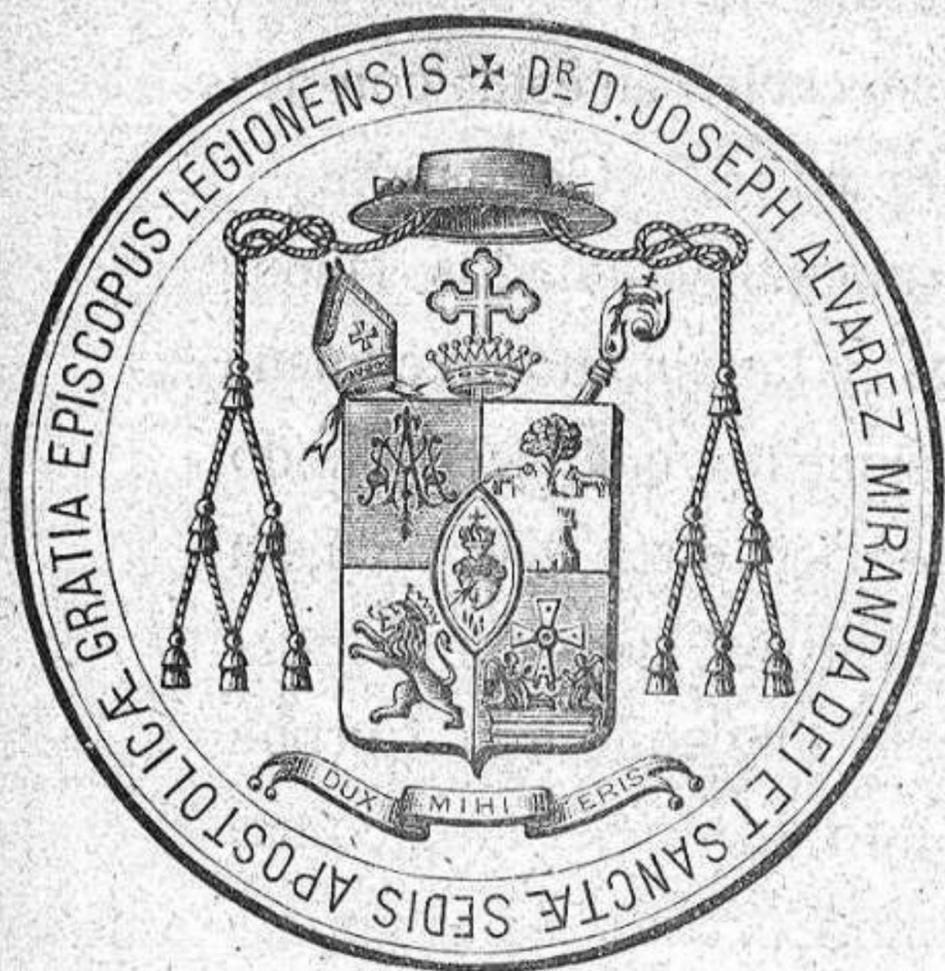
---

(1) Luc. XIV, 23.

Pedidlo así por la intercesión de la Virgen Santísima, Madre de misericordia, esperando que por su poderoso valimiento serán despachadas favorablemente nuestras humildes súplicas. Y en prenda de nuestro paternal afecto recibid la bendición, que de lo íntimo de nuestro corazón os damos en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu † Santo, Amén.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de León, sellada con el mayor de nuestras armas y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno, a once de Febrero, fiesta de la Aparición de la Inmaculada V. M., del año de mil novecientos quince.

† JOSÉ, OBISPO DE LEÓN.



Por mandado de S. S. I.  
el Obispo mi Señor,  
Lic. Felipe García Alvarez  
PERO SECRETARIO.

*Esta Carta Pastoral será leída por los Rvdos. Párrocos y encargados de la cura de almas al ofertorio de la Misa parroquial, distribuyendo su lectura en tres días festivos, y dando principio el primer día de fiesta, inmediato al de su recibo.*